

Hacia una revolución productiva¹

La revolución productiva ecuatoriana, que parecería será uno de los puntos estratégicos hacia donde dirigirá la atención, si es reelegido, el Presidente Rafael Correa; debe ir más allá de la intensificación de la explotación de recursos naturales no renovables vinculados a la generación de energía –petróleo y gas natural- y a la minería.

Si la revolución productiva se queda en ese tipo de acciones ortodoxas difícilmente se construirán, pensando en el largo plazo, las verdaderas bases de una matriz de la producción caracterizada por nuevos bienes y/o servicios, en donde la sofisticación de su contenido, producto de la inversión de recursos en tecnología e investigación aplicada a la producción, sea el elemento diferenciador que, a la postre, permita que nuestros productos sean competitivos no sólo en el mercado nacional, sino y, principalmente, en el mercado internacional.

Para lograr una revolución productiva “integrada”, además de trabajar en la sofisticación productiva de bienes y/o servicios de mayor valor agregado, será fundamental la consideración del tejido empresarial nacional como un sistema, compuesto de una serie de subsistemas a los que se tiende a denominar “cadenas productivas”. Dentro de estas cadenas, para los que hemos venido estudiando al sector productivo nacional por varios años, las micro, pequeñas y medianas empresas –MIPyME- juegan un rol muy importante desde la óptica del número de establecimientos y, principalmente, del servicio interrelacionado que cumplen, junto con las grandes empresas, a la hora de producir un determinado bien y/o servicio que es demandado por el consumidor nacional y/o internacional.

Como podemos observar, la transformación eficaz y eficiente del aparato productivo nacional se logrará, solamente, si lo empezamos a ver como un conjunto de partes en donde cada una ellas, independientemente de su tamaño –micro, pequeñas, medianas o grandes empresas-, cumplen una determinada función estratégica. De ahí que no será una estrategia correcta aquella que trate de dividir al tejido empresarial en actores buenos o malos, simplemente, por el tamaño productivo que poseen.

Lo que si debemos aclarar es que el apoyo del gobierno a través de servicios financieros y no financieros se debe enfocar, en mayor grado, a aquellas empresas que normalmente, por su menor tamaño, lo tienden a requerir en sus fases de nacimiento y consolidación productiva –muchos países asiáticos, como el caso japonés, han actuado de esa forma-.

Esa ayuda estatal, para que surta los efectos que todos esperamos, deberá ir acompañada, como ya lo señalamos, de un enfoque integrador y no de división de actores; es decir de un enfoque en donde se busque, más bien, la construcción de espacios en donde de forma inclusiva, transparente y equitativa las empresas, de diferente tamaño, se unan y como un solo puñado salgan a competir motivadas por la consecución de ese objetivo nacional que a todos nos interesa se alcance: “incrementar

¹ Wilson Araque Jaramillo. Director del Área de Gestión y Coordinador Fundador del Observatorio de la PyME. E-mail: wilson.araque@uasb.edu.ec. Fecha de publicación: 14 de noviembre de 2012.

la producción y el empleo del país”; eso si soportado sobre los principios de una verdadera responsabilidad social.

Además de acciones orientadas a juntar los esfuerzos productivos, entre empresas de diferente tamaño, es fundamental trazar un plan dirigido a dar respuesta al cómo mejorar el clima nacional de negocios e inversiones; ya que, como sucede en cualquier país del mundo, todas las empresas necesitan de reglas del juego claras y permanentes a la hora de invertir recursos en nuevos negocios y/o en el mejoramiento de aquellos que los venían impulsando.